

Autor: Kevin Alexis García^{*}
Título: DUELO EN EL NORTE
País: Colombia, 2005
Producción: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net
Nota: Esta investigación se realizó gracias al Fondo de Becas de Periodismo Investigativo del PROYECTO ANTONIO NARIÑO, con apoyo de INTERNATIONAL MEDIA SUPPORT (IMS) y el CENTRO DE COMPETENCIA EN COMUNICACION PARA AMERICA LATINA DE LA FUNDACION FRIEDRICH EBERT (C3). La Palabra agradece a los ejecutores del Proyecto por el valioso apoyo a las investigaciones periodísticas regionales en Derechos Humanos y Etica Publica. Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

DUELO EN EL NORTE



Después de una década de dinero a raudales, y tres años de guerra entre los señores del narcotráfico, las familias de Cartago en pleno norte del Valle quedaron rotas, con el corazón en luto y las manos vacías.

No aguantó más el dolor y la culpa. Amparo Zuluaga de cuarenta años y madre de cinco hijos, le pidió dinero a su esposo y se fue hasta el viaducto que de Cartago conduce a Pereira. Llorando se paró sobre la baranda para lanzarse al vacío. En ese instante un grueso cinturón envolvió su cuerpo. Volteó a mirar y vio a sus espaldas un policía bachiller que la sujetaba, quizás de la misma edad de sus hijas desaparecidas.

Meses atrás la habían visto desesperada, deambulando por la lomas del Mesón en las afueras de Cartago, donde suelen arrojar los cadáveres de la jornada. Preguntaba a diario a amigos y desconocidos por Lina María y Paola, sus dos hijas mayores que se esfumaron por esos mismos días que se había desatado en este pueblo grande y caliente

^{*} Ganador de Beca del Fondo de Becas de Periodismo Investigativo del PROYECTO ANTONIO NARIÑO. Comunicador social con experiencia en periodismo comunitario. Redactor periódico "La Palabra".

del norte del Valle, escenario principal del narcotráfico, la desaparición y asesinato sistemático de jovencitas cartagüeñas, en los primeros meses del 2003.

A Amparo le había tocado una juventud diferente. A pesar de quedar embarazada a los quince años, la vida en el pueblo era más tranquila y las verbenas populares rebosaban de jóvenes con el pelo engominado y los pantalones de bota ancha que danzaban desprevenidos por las calles festivas de un Cartago alegre, callejero y trasnochador.



Saliendo de su casa uno camina al lado de una serie de bodegas altísimas donde funcionan las trilladoras. Los rayos del sol atraviesan las ventanas y elevan las temperaturas de las puertas metálicas y los andenes de cemento. Sobre el asfalto de la carretera se marcan las siluetas de hombres cobrizos y descamisados, cubiertos por una espesa mezcla de polvo y sudor, entrando y saliendo con las espaldas arqueadas por bultos repletos de café.

Años atrás, antes de la tecnificación de las trilladoras, estas bodegas estaban llenas de mujeres vestidas con delantales, sentadas sobre una larga plataforma donde caían los frutos frescos, retirando con sus manos los granos verdes y malos. Mujeres que generaban ingresos para el sustento de sus hijos, en los barrios populares del municipio

A pocas cuadras de la trilladora, Carlos, un introvertido joven de 21 años, mata la tarde jugando Nintendo. Hasta hace poco ejercía el oficio de campanero, pero ahora está desempleado. Su jefe, Chamorro, un sicario relacionado con más de 500 muertos, ya no le va a pagar por informarle lo que pasa en las calles de Cartago. Lo asesinaron, el 29 de julio del 2004. Nueve meses antes, a finales del 2003 el gobernador del Valle Angelino Garzón había convocado a una gran marcha del silencio en todo el Departamento, pues las cifras oficiales ya eran escandalosas y reportaban 3068 asesinatos en el Valle del Cauca.

Carlos está asustado. Se la pasa escondido en las casas de sus amigos y en la de su madre, donde viven su mujer y sus dos hijos. Ya no sabe cómo los va a mantener. Antes tenía una moto, un arma y un salario mensual. Ahora Espera que todo vuelva a la normalidad, cuando el Bloque de Búsqueda de las Fuerzas Armadas afloje la persecución contra los capos de la droga y otro patrón llegue rápido al pueblo para engancharse de nuevo.

Cada vez que muere un jefe del narcotráfico se vive un pequeño tsunami en la región. No sucede así cuando es capturado porque la gente sabe que desde la cárcel siguen mandando y puede ser peligrosa la traición y más cruel la venganza. Pero cuando un barón de la cocaína es asesinado, se desata la batalla entre quienes le seguían en la jerarquía de su organización y los demás capos que empiezan a disputarse la zona que controlaba. Además le suelen aparecer deudas que obligan a sus familiares y lugartenientes a entregarlo todo o a defender los bienes hasta con la propia vida.

El cartel del Norte del Valle, el último gran cartel del narcotráfico en Colombia y uno de los más poderosos del mundo, se consolidó a principios de los años noventa, con el debilitamiento de los carteles de Medellín y de Cali, con la particularidad de que no se estableció en una gran ciudad, sino sobre una extensa planicie de pequeños municipios agricultores, en uno de los departamentos más ricos al sur occidente del país. Al igual que las mafias sicilianas, el cartel fue creado por clanes familiares, que se distribuyeron por zonas y capital económico.



En los últimos tres años sin embargo, los grandes jefes de este cartel, Diego Montoya Henao “Don Diego” y Wilmer Varela “Jabón” se enfrentaron entre sí en una guerra desenfrenada debido a las presiones de la fuerza pública sobre sus estructuras y las sospechas de traición entre sus miembros.

Cartago, el municipio más grande de la región, con 140.000 habitantes, ha vivido en carne propia el auge, la guerra y la persecución de esta mafia de la droga. En tan sólo una década, el narcotráfico carcomió su tejido social y desmembró sus familias. Arrastró a muchos de sus habitantes al crimen o los volvió sus víctimas.

Las historias de Amparo y de Carlos delinear las huellas del dolor en el pueblo. Se matan entre los matones, se asesinan mujeres jóvenes, se eliminan taxistas sistemáticamente, se recogen muchachas para explotarlas sexualmente en Europa, se envían otras al exterior como mulas de la droga, se reclutan muchachos para conformar bandas de sicarios o ejércitos paramilitares, y caen culpables e inocentes en las masacres de retaliación entre los capos.

Muchos caminos conducen al narcotráfico. La desmesurada ostentación de la riqueza acentúa el sentimiento de miseria entre los pobres. En el municipio los jóvenes tienen niveles básicos de escolaridad y ya no quieren trabajar pegando ladrillos o en ventas callejeras, mientras sus contemporáneos se pavonean en carros y motos por el pueblo.

“Son jóvenes como usted o como yo -dice un hombre de 25 años que vende ropa en un almacén de la ciudad-- sólo que sin empleo, con una mujer que, embarazada, la llevan a vivir a la casa de su madre porque no tienen cómo pagar arriendo y luego de estar aguantando muchas necesidades, deciden medírsele a lo que sea, con tal de conseguir dinero”. A uno de sus viejos compañeros de estudio, que se metió en una banda de sicarios, lo mataron hace poco. “Yo no me volví sicario porque a todos los de mi barrio ya los mataron y eso fue algo muy doloroso, pero, tal vez, si estuvieran vivos, seguramente estaría trabajando con ellos”.

Un joven sentado en su moto contó en medio de una charla de cuadra a unos muchachos que lo escuchaban con atención que un día su jefe lo llevó a una de sus casas. *“Me mostró un televisor pantalla plana, un teatro en casa y una nevera llena de comida; tenía ropa fina y zapatos de marca y me dijo: ‘¿Sabe qué?, escoja lo que quiera’. Y yo*

de una cogí los zapatos más bacanos. Luego me dijo que si volvía al otro día me entregaba una moto y me decía como eran las vueltas. Así fue como entré”.

En el oficio de miembro de banda mafiosa, como en cualquier otro, se fijan salarios y premios. Los jóvenes ganan 650.000 pesos mensuales más bonificaciones que varían según “las vueltas” (cobro de cuentas, robos o asesinatos). Reciben además auxilios de transporte en gasolina para las motos y de comunicaciones en tarjetas de celular. Firman comprobantes de nómina y a cambio están disponibles las 24 horas, guardan los secretos y son fieles a la banda. Se inician como Carlos, de campaneros, cuidando que todo esté normal en las calles.

Los principales narcos del Cartel han sido en su mayoría pobladores rurales, con pocas oportunidades de ascenso, chanceros, vendedores ambulantes y jornaleros que un día se revelaron contra el porvenir de la miseria y quisieron tener una casa grande, un carro de lujo, ropa de marca y el respeto de sus coterráneos.

Y mucha tierra. La mayor parte del municipio de Cartago es rural. Con el auge del negocio ilegal, pronto las grandes fincas, muchas de ellas cafeteras, pasaron a manos de los narcotraficantes más exitosos. Allí levantaron ostentosas mansiones y cuando la policía allanó algunas de esas haciendas avaluó los bienes en más de 270.000 millones de pesos. Tenían caballos de paso fino, jirafas, avestruces, cebras, hipopótamos, guacamayas y hasta tigres; lagos gigantescos donde abundaban los peces que nadie pescaba; grifos de oro, vidrios polarizados y piscinas.



Todo esto lo consiguieron dejando una estela de muerte en las calles.

”Si uno sabe que puede ganar tanto dinero, se pierden las ganas de trabajar en cualquier otra cosa, porque nada lo pagan mejor”, dice Andrés, un joven trigueño y elocuente, que compartió apartamento con un miembro de las bandas. Confesó que se vio tentado a trasladar un cargamento de droga de un valor tan alto, que le prometieron 40 millones de pesos si lograba llegar a su destino. No aceptó por miedo a perder la mercancía en la

travesía, pues habría pagado el precio con su vida. Además lo asustó la advertencia de su compañero: “Pelao, este trabajo es como venderle el alma al diablo, solo que las culpas no se pagan en el otro mundo, sino que todo lo cobran en vida, con tortura, dolor y también con la muerte”.

Andrés, que venía hablando claro y pausado, de pronto se emocionó recordando la primera vez que tanteó una pistola Pietro Beretra. *“Cuando uno tiene un arma de millones en las manos, se siente algo muy extraño, es un poder muy vacano”.*

Cuenta que en una ocasión le ofrecieron un millón de pesos por asesinar a un comerciante implicado en un robo. *“Esa vuelta era facilita, sólo necesitaba alquilar una*

moto y una arma por 400.000 pesos y tumbar al tipo a las 7 de la mañana que abría su almacén". Esto lo contó con tanta emoción y desparpajo que no sorprendería si luego se vincula directamente con la mafia.

A unos jóvenes los seduce el poder de las armas y el dinero y otros saben que la ciudad es peligrosa y buscan tener un jefe del que puedan decir que son sus empleados y ganar así el respeto de la gente, que es el respeto del temor. En Cartago algunos invierten la máxima, creen que es mejor estar mal acompañados que estar solos.

Una vez al mes la Diócesis de Cartago organiza una misa en el interior del Cementerio Diocesano, el mayor de los siete que tiene el pueblo. Hay uno exclusivo de los evangélicos, otro de los conductores y uno de una Sociedad de Auxilio Mutuo, donde algunos pobladores pagan mensualidades para cubrir los gastos fúnebres de los parientes que lleguen a morir.

Los familiares de las víctimas recientes llegan al cementerio con ramos de flores blancas y amarillas y se distribuyen a lo largo de callejones angostos donde, a lado y lado, reposan en pequeños compartimentos sus seres queridos. Cada cuatro años se retiran los restos de las fosas para abrirle cupo a los nuevos muertos que llegan. Aun así y a pesar de tener siete cementerios, las fosas escasean en Cartago.

Antes de iniciar la misa, los visitantes revisan las fosas, quitan el ramo viejo y ponen el nuevo. Mejor sería decir las visitantes porque en su mayoría se ven mujeres, algunas acompañadas de sus padres o de sus hijos. Un día, por ejemplo, llegaron las madres de algunos de los 17 jóvenes que llegaron a Medicina Legal dos meses atrás, asesinados en enfrentamientos con el ejército en San José del Palmar. Ellos se fueron con la esperanza de trabajar y regresaron sin vida. Las madres adoloridas se sientan frente a las fosas y susurran oraciones en coro: *"Oh divino niño, consuelo de los cristianos, tú que sabes de mis pesares, pues todos te los confío, pongo en tus benditas manos la paz de los turbados y alivio al corazón mío"*.



A media cuadra del Cementerio Diocesano se encuentra la Unidad de Medicina Legal donde llegan los muertos. Hasta noviembre del 2004 llegaron 208 asesinados, de ellos 84 eran menores de 25 años. Es una de las tasas de homicidio más escandalosas del mundo: más de 17 muertes violentas por cada 10.000 habitantes (en Bogotá es de 2,2 por cada 10.000).

A Medicina Legal también llegan muchas personas buscando a sus familiares desaparecidos. Allí llegó Amparo Zuluaga, demacrada y triste, la mañana del 1 de enero de 2003. Horas antes su hija mayor Lina María, de 18 años, había recibido una llamada y había salido con su hermana Paola, de 15 años, y una amiga de la cuadra. Empezaba a

oscurecer cuando las tres amigas abandonaron la casa. Amparo no estaba, pues había ido a llevarle comida a su único hijo hombre, internado en una fundación para la rehabilitación de drogadictos. Cuando Amparo regresó a su casa vio a la amiga de sus hijas sentada sobre un andén.

Luego la amiga caminó hasta donde Amparo, la abrazó y empezó a llorar. Amparo sospechó que algo estaba mal pero al instante para evitar malos pensamientos pensó que estaba emocionada con el Año Nuevo y le deseó felicidades. La amiga, atemorizada, no quiso explicar que había pasado y solo comentó que Lina y Paola se habían ido.

Al día siguiente las hermanas Zuluaga no regresaron a la casa. Los padres las buscaron por todos lados. Amparo no las encontró ni en Medicina Legal. La prensa local publicó la noticia de las jóvenes desaparecidas, junto con la de Diana Lorena Gómez, de 15 años. A Diana sí la hallaron días después, violada y asesinada en las afueras de la ciudad. Después de ellas vino una ola de personas desaparecidas, principalmente mujeres jóvenes. Según cifras no oficiales pueden ser más de 50, entre los casos denunciados y los ocultos por temor a las represalias de las mafias. Por el mismo temor solo se menciona en voz baja que las desapariciones se deben a que uno de los capos fue contagiado de Sida y éste en venganza ha ordenado las desapariciones y posteriores asesinatos.

Amparo vio como ella y la vida de su familia poco a poco se deterioraban. Su marido que vende galletas en la estación de buses se refugió en el alcohol. Las hijas más pequeñas no salían a la calle y perdieron las ganas de vivir. Amparo buscó ayuda siquiátrica para todos, pero no sirvió. “A mí me *hacía más daño, vivía sedada como boba, me desequilibré y sentí que me estaba enloqueciendo* --dice. *Dañé los pantalones y camisas de mi marido y luego no recordaba nada*”. Cada vez que veía la camioneta de la Fiscalía que recoge los cadáveres que aparecen en el pueblo, Amparo se desmayaba. En uno de esos días fue cuando intentó suicidarse y el joven policía la salvó.

Amparo no ha encontrado a Lina y a Paola. Trata de retomar su vida con la familia que le queda en un pequeño apartamento de paredes blancas y deterioradas por el que paga un arriendo desde hace 16 años. Se consuela pensando que quizás sus hijas fueron vendidas en el negocio de trata de blancas, para prostituirlas en Europa, y aunque ya nunca serán sus hijas de antes, quiere pensar que aún están vivas.

Carlos, sigue escondiéndose. Ya poco queda de ese joven que años antes jugaba fútbol desprevenido en una cancha del pueblo y soñaba con ser el capitán del América. Su vida ha cambiado. La de su madre también. Una mujer envejecida y seria que mira con desdén a cada persona que se acerca a su hijo. Lo crió asando arepas con queso cuando sus energías se lo permitían.

Parece que los capos han firmado el fin de los enfrentamientos, pero la presión de la fuerza pública sigue, y las pequeñas guerras para defender los pequeños poderes y fortunas no paran. Los cartagüeños, que a un viajero desprevenido no dejan de parecer amables, siguen llevando la procesión por dentro.

No obstante el dolor, la vida debe continuar en Cartago. En épocas especiales los colegios desfilan con sus bandas marciales entonando sus canciones por las calles y cientos de mujeres se reúnen en amplios salones para tejer sobre telas los bordados más bellos del mundo. Bordan hermosos paisajes de campos fértiles y sosegados, como si estuviesen reconstruyendo el tejido de sus propias almas.